

como fuerza de sugerencia y de impulso representa el teatro. En los países menos indiferentes que el nuestro los gobiernos se preocupan de preferencia de esta actividad tan objetiva; aquí ni siquiera se nos ha defendido de los intereses extranjeros que *polonizan* nuestros esfuerzos, negándonos sus salas en las que explotan el absurdo biógrafo que es un negocio enemigo de nuestro pueblo. No tenemos el teatro nacional, ni nada que nos pueda alentar a proseguir en nuestra labor. El teatro, cesante, deberá irse también a los albergues, símbolo de la época tan terrible que juega a los malabares con el hambre sobre volcanes dormidos...

¿Habrá en este hermoso país alguna esperanza para el teatro o terminaremos a corto plazo siendo una factoría yanqui? Ya hay novelistas que encuentran indios de ojos azules y rotos que tienen nombres en inglés; pero nosotros somos chilenos y queremos seguir siéndolo a pesar de todo!—ANTONIO ACEVEDO HERNÁNDEZ.

«DON SEGUNDO SOMBRA»

DE RICARDO GÜIRALDES

LA novela cuyo es el título de estas líneas, pertenece a la familia del Facundo y del Martín Fierro. No digo que es como ella—toda comparación, ya se sabe, apareja lo inexacto a lo odioso—sino que es de entre ellos por la índole generosa y la gallarda valentía. Llena una página, en blanco hasta hoy, de la vida gaucha, que no por ser más humilde en ella cede a los otros como humano interés. Describe la formación del trabajador rural de nuestra campaña ganadera, o sea lo que es el gaucho y lo que siempre fué, salvo excepciones episódicas: el «hombre de pampa y de huella», como dice con vigoroso acierto el propio autor, acomodado por temperamento a su tarea combatiente y vagabunda. Pues toda ella consiste, si bien se ve, en dominar el ganado y en arrearlo con baquía, mediante un complicado sistema que participa de la sabiduría y del arte.

Siendo aquella índole profundamente individual, como que de ella proviene el amor a la vida errante, que toma a la pampa entera por suya, con andarla sin cesar sobre los caminos sin dueño, cada uno de esos hombres debe bastarse en todas las situaciones determinadas por ella, constituyéndose, así, al poder exclusivo de su ingenio y de su energía, una educación completa

que abarca en su sencillez, resaltante de su estricta aplicación al objeto, cuanto ha menester el hombre para vivir la vida integral, desde el pastoreo, hasta la medicina, y desde la esgrima hasta la música.

En su género, pues, el gaucho completo, que nada tiene, por cierto, de excepcional, es un pozo de ciencia; vale decir un hombre que en todos los casos, sabe lo que debe hacer.

Como lo aprende por sí mismo y en sí mismo, a costa de trabajos, que recuerdan el imperioso dolor de una labra en piedra, el gaucho es natural y enteramente dueño de sí mismo. Y como la libertad consiste en poseerse, no en poseer, forma un tipo de hombre libre, que es la cepa genuina de nuestra raza y que caracteriza ya nuestro predominante individualismo.

A diferencia fundamental del hombre urbano: fracción social o pieza de máquina, aquél constituye una entidad indivisible, que coopera en la formación de la patria, hasta el sacrificio, si es menester, pero sin perder nunca su unidad voluntaria.

De ahí proviene su mesurada hidalguía, pronta a la aceptación de cualquier superioridad, pero igualmente dispuesta a resistirla si amenaza trocarse en humillación. Nobleza y libertad son sinónimos en el alma. Y con esto arraiga en ella la seguridad que torna fácil la simpatía. Ingenio y valor, resultan, a su vez, las condiciones naturales de la vida que así debe lograrse, constituyendo, de suyo, una selección que representa un triunfo sobre Hombres y Naturaleza.

Tipos así forman los pueblos heroicos, lo que no significa, precisamente, guerreros, sino animados de voluntad triunfal. En la cepa gaucha entroncarán, pues, con ventaja las razas fuertes y concordes, que nos conviene atraer, puesto que ella está intacta por ventura. El carácter gaucho no ha desaparecido. Se ha adaptado, como el país, a las nuevas condiciones de la civilización, lo cual prueba que es capaz de subsistir en ella. Y, en consecuencia, de sobrevivir con la patria, tan argentina como él. Si el gaucho no es agricultor, ni artesano, nadie lo supera en la faena agrícola, ni en el manejo de utilería y maquinaria, cuando adopta esas tareas poco interesantes para él. Pero, ahí, mejor que en su predilecta actividad ganadera, se ve cuánto vale aquella educación práctica para la vida integral. Esta última es, en su sentir, el desempeño natural del hombre, o sea, aquello a que aspira todo ser humano, digno de su condición.

No cree, así, realizar, con ello nada extraordinario. La noción de la vida, como un acto de dominio, permanente, es herencia del antiguo conquistador, cuyo mismo idioma conserva en su castellano arcaico y sabroso. Posee el concepto exacto de que el

heroísmo es una virtud triunfal, o mejor dicho, la voluntad de vencer; no un agente pasivo de la adversidad. Su estoicismo no es resignación a la impotencia, ni firmeza sustentada en el concepto purgatorio del dolor, sino viril aceptación del destino; una forma elevada de la dignidad. De ahí su serena indiferencia religiosa. Morir, significa para él concluir el desempeño de la vida, perder un lance o salvar el honor; es decir un episodio que corta la existencia, pero que no la determina con proyección trascendental. Fatalista, pues, o sea uno que ama y vive la vida misma, tal como puede vivirla según sus posibles, disfruta su libertad con amor de artista, es decir, sin sacrificarla a ningún temor consecuente o previsible. Por esto, no se preocupa de atesorar, ni le pide al trabajo más que el costo de su día. El encanto profundo de su vida errante—otro legado del conquistador—, está en la posibilidad cotidiana de la aventura. No hay, sin embargo, mendicidad ni parasitismo en la campaña. El gaucho sirve siempre de algo y puede ganarse su parca vida hasta pisar la senectud. Su educación para el desempeño integral, explica una y otra cosa.

El libro de Güiraldes es la descripción de una de esas vidas. Pero, digo mal. Descripción significa estudio de afuera para adentro, o sea lo que han realizado más de una vez otros y yo entre ellos. Don Segundo Sombra como Martín Fierro, es el gaucho mismo. Representa en prosa lo que aquel otro en verso. una vida viviente. Y aquí estriba desde luego, su importancia nacional.

Lo propio que el del poema mencionado, el protagonista de la novela cuenta su historia en su propio lenguaje. Es un bastardo, que su protector, don Fabio Cáceres, arranca a la madre, en la primera infancia, para entregarlo a dos tías santurronas, con el objeto de darle educación en la escuela del pueblito donde ellas viven, pues aquél reside habitualmente solo en su estancia. Dicha bastardía, que es la condición novelesca conducente al desenlace explicatorio de la misma narración personal, acentúa la formación individual del protagonista, tristemente aislado en un verdadero desamparo de cariño. Pues lo cierto es que las tías, a quienes desagrada en extremo su índole aventurera, sólo se ocupan de enseñarle a rezar, enviándolo sin mayor interés a la escuela, que abandona al cabo de tres años, para tornarse uno de los chicuelos azotacalles de la población, donde la vagancia le transforma con precocidad el ingenio en picardía.

Mientras tanto, su protector ha desaparecido, sin que él comprenda por qué; pero aquella ausencia acaba con las únicas muestras de afecto que, de cuando en cuando, recibía su orfandad.

Su simpatía vacante, hállese, así, pronta a dejarse ganar por la primera admiración que le subyugue la voluntad levantisca y mañosa. En eso ocurre su encuentro casual con el perfecto gaucho que es Don Segundo Sombra, a quien acaba de prestigiar ante él un episodio de romanesca valentía. Apegado desde el primer momento a ese hombre, en quien adivina por instinto una correspondencia cariñosa, que la reserva gaucha, manifiesta apenas bajo la forma de consentimiento tácito, fúgase para seguirlo, adopta a su arrimo la vida del resero, que es, por cierto, la suya, y conduciendo reses adquiere a la vez paternidad adoptiva, oficio y carácter, o sea, la posesión completa de sí mismo en que consiste la verdadera libertad.

La novela es eso. Un relato, sin complicaciones, de la indicada formación física y moral, en el desarrollo, por decirlo así rectilíneo, del propio rumbo pampeano. Protagonistas y paisaje determinanse, pues, recíprocamente, constituyendo la poderosa unidad que caracteriza, desde luego, a la obra lograda. Tras algunos años de vida común, el muchacho recibe un día la noticia de que como hijo natural de don Fabio, su protector, quien acaba de fallecer, hereda sus campos y estancia, hallándose, así, rico y patrón de la noche a la mañana. La nueva posición indúcelo, poco a poco, a instruirse como es debido, lo cual explica con acierto, su capacidad de narrar, su sensibilidad a la emoción artística, de episodios y paisaje, y la adopción del idioma gaucho en que saldrá más propia, por la mayor intimidad del recuerdo, su expresión ya literaria. Pues la adquisición de la cultura mental, no ha destruído en su alma el cariño gaucho que define su sensibilidad y caracteriza su estilo.

Realizarlo con maestría apenas discutible en una que otra expresión, demasiado literaria, quizá, venciendo la doble paradoja, estética y psicológica que resulta de semejante situación, revela un alto temperamento de artista. Y lo realza mejor, si cabe, la otra dificultad—honrada, pero tremenda dificultad—de conservar el interés, más que permanente, vivísimo, sin acudir a ningún recurso del oficio o de la fábula, en una serie de cuadros episódicos, reducidos a tres elementos pobres: el rasgo directo, lo que es decir fotográfico, el diálogo y la metáfora objetiva, o sea el modo más primitivo de comparar. Es el procedimiento de la poesía, llevado a la prosa, vale decir, con la desventaja esencial de la suplencia, que sólo a fuerza de temperamento puede salvar el escritor. . . Pero ello significa también el triunfo de la calidad pura, en que consiste la genuina excelencia de la sazón frutal. Y el riesgo de no tener alternativa entre la belleza lograda y la afligente trivialidad; entre el equilibrio sutil del pá-

jaro que se sostiene volando y la revolcadura del pelele despata-rrado; entre la gallarda naturalidad y la afectación ridícula. Conseguirlo en cerca de cuatrocientas páginas desarrolladas de un tirón, sin fábula ni sorpresas, es un esfuerzo triunfal nunca igualado, entre nosotros. La prueba decisiva del verdadero escritor.

Tanto así, que su idioma es limitado y defectuoso, bajo el aspecto gramatical, o sea como expresión literaria; pues, cuando lo hablan directamente los gauchos, sale castizo con naturalidad. Pero la innata maestría sobrepónese a la imperfección del instrumento. Inútil añadir que lo menciono como una afirmación crítica de aquélla, no como una aprobación de lo que, siendo corregible, resulta estética y honradamente inaceptable. En arte no hay término medio ni capitulación posibles: lo que puede estar mejor debe estar mejor. Porque el deber de belleza impone la aspiración a lo perfecto.

Una índole artística tan poderosa como la de Güiraldes, merece la severidad viril con que Sombra, el gaucho de bronce, trata al mismo protagonista de su novela. El perdón es la piltrafa de los menguados. Por esto, el héroe antiguo, según lo enseñan los modelos de la *Ilíada*, ultimaba a su adversario, rindiendo así a esa valentía, por digna que era de la suya, el último honor, con no dejarla sobrevivir derrotada. Cuando Héctor cae, vencido por Aquiles, no es la vida lo que le implora, sino la honra póstuma que ultrajarían los perros. Quien ha nacido artista de la palabra, tiene el deber de formarse escritor. Es la exigencia a que los demás tenemos derecho sobre el talento. Porque éste es una virtud dominadora, y no podemos consentirle que nos subyugue sino con armas templadas a la perfección.

Entre tanto, la calidad sigue imponiéndose en las páginas de ese libro hermoso y fuerte. Tratado, diremos así, a la manera de los pintores, es una serie de cuadros sin continuidad aparente; pero su unidad como la de la vida, que constituye, en suma, una colección de episodios, consiste en vivir. Y ahí está el secreto de su prestigio irresistible. Lo que interesa en él es lo que va viviendo, no lo que va contando el autor. Esto es el desiderátum mismo de la obra de arte. Nada más difícil de conseguir por medio de la escritura, que no representa directamente a la Naturaleza, como las artes plásticas, ni despierta de igual modo la emoción, como la música, sino que tan sólo evoca. Güiraldes posee el más alto grado ese don en que todo el escritor se manifiesta con síntesis natural, como el pájaro en su canto.

Cuando se dijo que pintaba bien las cosas campestres porque

las conoce bien, confundíase el don de pintar con los menesteres de la pintura.

No, a buen seguro. Pinta bien el campo, no porque lo conozca, sino porque es artista. Cuántos habíanlo conocido antes, con igual perfección, sin pintarlo nunca. Ni es verdad que saber mucho las cosas induzca al arte. Leonardo dibujó como botánico millares y millares de flores; y en su pintura, la flor está casi ausente. Las más notables que recuerdo son, por cierto, las azucenas convencionales del ángel de su Anunciación. Boticelli, que no sabía botánica, fué un divino pintor de flores.

Insisto en decir pintura, pues repito que es pictórico el sistema descriptivo de este autor, así como su procedimiento es poético. De aquí, sin duda, su intensidad simpática.

Muchos de aquellos cuadros son magníficos en sí, y más de uno quedará clásico.

Así el de la lluvia sobre el primer arreo (cap. IX), el del baile (cap. XI), el de la riña de gallos (cap. XIII), el del embrujado (cap. XV), el del rodeo (caps. XVI y XVII), y en este último los del cangrejal y la lucha con el toro. . .

Por último, los de la carrera (cap. XX), la doma de potros (cap. XXII), el duelo a cuchillo (cap. XXIII) y el último arreo (cap. XXIV). Son, también, de mencionar los cuentos, sobre todo, el segundo (cap. XXI).

Y los caracteres. Con ser todos hombres del mismo oficio primitivo y monótono, no hay uno solo entre tantos—pasan de veinte—cuya personalidad no cause vivo interés. Basta describirlos exactamente como son, para que cada uno vaya imponiéndonos su poderosa individualidad; o, lo que es igual, el generoso encanto del hombre libre. La lealtad del lenguaje con que nos lo dice y nos lo hace hablar el autor, acentúa esa simpatía. Su sabor de veracidad familiar tiene gusto a patria.

Otro rasgo importante, y bien gaucho por cierto: la mujer apenas cuenta, episódica y como apagada en la vigorosa sombra varonil; más bien temida que deseada por aquellos hombres cuya dura vida retráelos en una especie de bravía honestidad. Faltan, asimismo, con veracidad no menor, el vicio y la política, que apenas se insinúa en su ridícula bajeza, ante el sarcástico abandono con que el gaucho siempre la vió. Periódica suciedad que pasa en el vasto soplo de aquella vida a campo raso, como una basura en la punta del viento. Hasta en eso es argentino y actual este libro noblemente consolador.

Pues lo que infunde, sobre todo, es la confianza en el carácter nacional, que parece estar resonando con genuino timbre de bronce. Paisaje y hombre iluminánse en él a grandes pince-

ladas de esperanza y de fuerza. Qué generosidad de tierra la que engendra esa vida, qué seguridad de triunfo en la gran marcha hacia la felicidad y la belleza. Y qué éxito tan justo el del artista que ha sabido evocarlos. ¡Esto sí que es cosa nuestra y de nadie más, en la absorción absoluta de los grandes amores! Patria pura, diré, así, como quien refiere la calidad del vino en que también se substancian el frescor del pámpano, y el tenor del sarmiento; patria pura, hasta desdeñar por instintiva elevación los fáciles gracejos con que el gauchismo de arrabal nos despacha al comisario y al gringo. Igualmente ajena al suburbio de la nueva Salónica, en que los mestizos del alma y de la sangre sueñan inaugurar el paraíso de la canalla, y a la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército, adereza el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria. Unos al fin con los sin patria en la negación de un fracaso idéntico.

Estas realizaciones de belleza genuina, de fecundidad natural, de salud sin recetario, de vida triunfante, en suma, son otras tantas afirmaciones de patria. Crear, no formular; poner todo el temperamento, a lo que dé, en la gran corriente vital, no en el cuentagotas del escamoteo equívoco; vencer a todo el rigor del esfuerzo, como en la doma pampeana, no a hurtadillas de la materia rebelde; templar por derecho, diríamos en lengua de payador; eso es saber triunfar, saber amar, saber vivir, saber portarse como hombre y como artista.—LEOPOLDO LUGONES.

ASPECTOS DE LA DISCONFORMIDAD

AL intelectual, al artista, siguen muchos colocándole fuera de las normas esenciales de la vida política de los pueblos. Se dice que la característica del político es la acción y la del intelectual, la contemplación. Harto podría discutirse esta nueva división de poderes. Ogaño, frente al desbarajuste del mundo, es una cómoda postura atribuir al intelectual la culpa (o la causa, que así suena más dulce) del fracaso de un sistema corrompido, que al llamársele así, *corrompido*, indica precisamente que sanándolo puede dar buenos efectos. Acontece como si uno quisiera comerse una manzana y la hallase podrida y en vez de buscar otra manzana en sazón, decidiese apagar su garganta con un membrillo. Claro está que la culpa, al distribuir-